

# BREVE HISTORIA DEL LIBERALISMO

Juan Granados



**Colección:** Breve Historia  
www.brevehistoria.com

**Título:** *Breve historia del liberalismo*

**Autor:** © Juan Granados

**Director de la colección:** Luis E. Íñigo Fernández

**Copyright de la presente edición:** © 2019 Ediciones Nowtilus, S.L.  
Camino de los Vinateros 40, local 90, 28030 Madrid  
www.nowtilus.com

**Elaboración de textos:** Santos Rodríguez

**Diseño y realización de cubierta:** Onoff Imagen y comunicación

**Imagen de portada:** John Maynard Keynes

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

**ISBN edición impresa:** 978-84-9967-990-7

**ISBN impresión bajo demanda:** 978-84-9967-991-4

**ISBN edición digital:** 978-84-9967-992-1

**Fecha de edición:** abril 2019

Impreso en España

**Imprime:** Villena Artes Gráficas S. A.

**Depósito legal:** M-11276-2019

# Índice

Prólogo .....	11
Introducción .....	17
Capítulo 1. Rastreado los orígenes .....	25
El liberalismo en las raíces de Occidente .....	25
El ideal republicano en Roma. La libertad de Cicerón .....	36
El tránsito medieval, utopías, maravillas y servidumbres .....	41
De regreso a los principios ciudadanos, la libertad en la modernidad .....	48
Capítulo 2. La fijación del pensamiento liberal clásico .....	65
Génesis y desarrollo de la filosofía política liberal en Inglaterra. John Locke .....	65
Notas sobre la escuela utilitarista inglesa .....	74

Laissez faire, laissez passer. El liberalismo económico clásico. Adam Smith .....	77
La Fisiocracia y el liberalismo aristocrático continental. Montesquieu y los límites de la Ilustración.....	88
En busca de las reglas del juego. La fijación jurídica del sistema político liberal. William Blackstone .....	96
Capítulo 3. Tiempo de revolución .....	101
La democracia en América .....	101
La Revolución francesa y sus contradicciones ....	109
1808. Los liberales de Cádiz .....	119
El Congreso de Viena o la reacción que nunca fue del todo .....	136
Capítulo 4. Tiempos doctrinarios .....	139
El liberalismo doctrinario. Francia .....	139
El liberalismo doctrinario. España .....	144
El liberalismo independiente en Francia: Constant y Tocqueville .....	153
La escuela económica liberal francesa. Say y Bastiat .....	160
El laberinto alemán .....	164
Capítulo 5. El liberalismo en la segunda mitad del siglo XIX. Primaveras y contradicciones .....	173
El ciclo revolucionario de 1848 .....	174
El liberalismo posibilista posterior a 1848 .....	184
El liberalismo en crisis .....	196

Capítulo 6. El liberalismo en la primera mitad del siglo xx. Del imperialismo a la Segunda Guerra Mundial. Conflicto y recuperación .....	207
Sobre buques, imperios e intolerables pobreza. La caída de los liberales en los inicios del siglo xx .....	208
El liberalismo tras la Gran Guerra I; de Keynesianos.....	213
El liberalismo tras la Gran Guerra II; la variante austríaca .....	222
Los otros liberales: Benedetto Croce, Ortega y Madariaga .....	233
Capítulo 7. El liberalismo en la segunda mitad del siglo xx. Reformulación y menosprecio .....	239
La Guerra Fría y sus bipolaridades .....	239
El liberalismo como excepción. De Karl Popper a Raymond Aron.	
Los societarios de Mont Pèlerin .....	246
El liberalismo triste y la travesía del desierto, de Isaiah Berlin a Jean François Revel .....	262
Epílogo. El triunfo de las ideas liberales en el cambio de siglo, éxito, crisis, convergencia y populismo. ¿Hacia el fin de la historia? .....	275
El regreso de los liberales en el último cuarto del siglo xx .....	276
¿Hacia el fin de la historia? .....	280
Convergencia, interdependencia y globalización .....	285
Bibliografía .....	295
Agradecimientos .....	303

# Prólogo

El libro que tiene en sus manos tiene vocación de pequeño manual del liberalismo. Así dicho, se podría pensar que hay alguna connotación negativa en el término. Sin embargo, desde mi punto de vista, es todo un halago. Como profesora sé muy bien lo importante que son los manuales para la iniciación de quien llega a la universidad sin saber nada de una disciplina. Un manual es un compendio que permite al alumno consultar una cuestión puntual, o bien hacer un seguimiento sistemático de la materia. Ello implica un esfuerzo doble por parte del autor.

Por un lado, es necesario recoger lo principal, pero sin pasarse. El manual dejaría de serlo si demasiada información convirtiera su lectura en un ejercicio complicado. Tampoco cumpliría su función si el contenido fuera escaso o poco relevante.

Por otra parte, el lenguaje ha de ser asequible y atractivo. Porque los manuales son la antesala de las lecturas más profundas y especializadas. Así que tienen el mandato de saciar la curiosidad del lector y, al mismo tiempo, seducirle para que se atreva a dar un paso más en el conocimiento del tema.

El extra del presente manual es que es pequeño. No pretende ser exhaustivo, pero sí completo. Tiene la flexibilidad del utilitario: es para todos los lectores y todos los lugares.

Y para guiarnos en este recorrido por la historia del liberalismo nadie mejor que el historiador y amigo, Juan Granados, quien tiene experiencia en pilotar naves ligeras y eficientes que nos conducen por mares tranquilos y enriquecedores. Sus *Breve historia de los Borbones españoles* y *Breve historia de Napoleón* son buena muestra de ello.

En esta ocasión, el recorrido es, además, necesario. La invitación es a caminar por la historia del liberalismo y, casi, por la historia de la libertad. Porque arranca considerando el rol de la libertad como fundamento y raíz de Occidente. Ni más ni menos. Y, desde ahí, con paradas en Grecia, Roma, el Renacimiento, el liberalismo clásico británico, Francia, Alemania, las revoluciones liberales de mediados del siglo XIX, el liberalismo doctrinario, los avatares del pensamiento liberal en el siglo XX, hasta recalar en la gran pregunta: ¿y ahora qué? En este recorrido no podía faltar el pensamiento liberal español, desde Francisco Suárez hasta el gran Ortega y Gasset.

Con todo, por más que insista en lo asequible del planteamiento y el lenguaje, no deben formarse el lector una idea errónea: estamos ante un libro culto, bien llevado, que, como el buen «cicerone», te explica detalladamente y con erudición lo que estás viendo sin resultar pesado u oscuro. Da pena acabar el viaje.

Si medimos la calidad de las obras por la excelencia de los hombros sobre los que se sustentan, esta que comienza es digna de gran reconocimiento. No solamente el autor describe y contextualiza a los grandes pensadores. También enriquece la presentación con textos y citas, elegidos no ya con cuidado, sino con mimo. Como muestra, un botón: la primera. Como si adivinara el interrogante inicial de quien se dispone a leer un breve compendio de algo tan conceptual como la historia del pensamiento liberal, teniendo en cuenta que no tenemos muy claro qué es la libertad, o quién es liberal o no, el autor rescata a Cicerón que nos dice: «El buen ciudadano es aquel que no puede tolerar en su patria un poder que pretende hacerse superior a las leyes». Y con eso, como el buen torero, Juan se sitúa, él primero, en el ruedo para, a continuación, colocar al toro en su sitio y empezar la faena.

También es verdad que Juan es un tipo particular, de los que te felicitan la Navidad con un comentario maravilloso sobre el *Plácido* de Berlanga y acaba dándote un buen pellizco en el corazón: «... en el momento en que finalmente Plácido consigue pagar la primera letra del motocarro, llega a su discreta morada y apaga por fin la luminosa estrella que ha paseado por toda la ciudad, en ese instante en que la cámara funde en negro, sabemos que en aquella casucha sin esperanza se han juntado unos cuantos corazones para agradecer que siguen vivos y que se quieren por encima de toda contingencia. Feliz y venturosa Navidad».

Viniendo de quien viene, por tanto, la elección de las citas iniciales, así como de los extractos de los textos originales, no son casuales ni apresurados. Y eso hace la travesía mucho más agradable. De un vistazo el lector capta la esencia de lo que Smith, Bastiat, Montesquieu, Hayek, Mises o Aron entienden que debe ser el ejercicio de la libertad individual en un sistema hipercomplejo,

como son las sociedades humanas. El marco lo pone el autor: hablamos de hijos de su tiempo que se plantearon qué es la libertad individual, cómo vivirla, qué implica. Y ese tiempo determinaba que hubiera una monarquía absolutista, o una guerra de religión, o una hambruna; es decir, un acontecimiento que explica al lector la manifestación particular de la libertad en según qué pensador. Lo esencial del lienzo, los colores, las formas, la perspectiva, no es impostado, no es una interpretación sesgada por parte de un entusiasta. Y el sello de autenticidad consiste, precisamente, en la palabra escrita por cada pensador y en la bibliografía secundaria en que se sustenta el libro.

Y así debe ser, especialmente cuando el material del que se trata es tan delicado como el pensamiento. Pero si es importante la garantía de que lo que se transmite es genuino, también lo es encuadrar el cuándo, el cómo, los detonantes. Y esa labor tan compleja es la de Juan Granados. Uno de los frutos de esta tarea es que, al dibujar la luz, la sombra queda retratada. Y, de esta manera, encontramos, a los lados del camino, la evolución del pensamiento antiliberal, o no liberal, el de aquellos que opusieron resistencia y se enfrentaron a los protagonistas del libro. No es un regalo superficial, al contrario. No se entiende a Revel sin Sartre y Camus; ni a Reagan y Thatcher sin Castro y la URSS.

Tengo que reconocer que son los dos últimos capítulos los que tienen especial interés para mí. La razón de esta preferencia pone en evidencia mi debilidad: soy una economista que rastrea en el pensamiento de quienes nos antecedieron hace siglos y que analiza, desde ahí, el hoy. Por eso, no solo no está de más, sino que es imprescindible, recordar la evolución del pensamiento liberal y de su antítesis, en la segunda mitad del siglo xx, que para mí es *hace un rato* y me resulta novedoso. Hay que leer a Popper y reaprender con Juan Granados:

«Popper observa en el idealismo una especie de pánico hacia la responsabilidad que la libertad implica, tanto, que tiende a desprenderse de esta para librarse de aquella. Una suerte de pensamiento mágico o religioso, muy alejado de los vientos de libertad que había traído al mundo el comercio, la mezcla cultural y la libre iniciativa, apartándolo finalmente del rigor de la vida tribal». Un mensaje tristemente vigente en nuestro siglo XXI. En la segunda mitad del siglo XX se da lo que el profesor Bastos llama, y el autor recoge, como liberalismo triste: liberalismo en sus principios fundamentales pero con un pesimismo respecto al futuro que lo impregna de morriña hacia lo que pudo haber sido.

Y es cierto que es extremadamente fácil mirar hacia atrás y pensar: «¡Con lo que hemos sido!». En la era de las peleas de barro en las redes sociales, el conocimiento wikipédico, la victoria de la imagen frente al texto, y de los PowerPoint frente al discurso y la palabra, se diría que es una heroicidad mantener el ánimo respecto a la defensa de la libertad al estilo de quienes nos precedieron, con intención de cambiar la realidad, en lugar de ser un entretenimiento intelectual para una minoría de convencidos. Este esfuerzo que parece titánico resulta más llevadero si ponemos en perspectiva, como se hace en esta *Breve historia del liberalismo*, quién hablaba y en qué momento, desde las trincheras de nuestros días.

Hace un tiempo le pregunté a mi amigo Alberto Mingardi si, de haber vivido en nuestro tiempo, Churchill escribiría sus textos en la tablet o en papel. «Tendría tablet, móvil, ordenador y usaría a Siri». Esa respuesta, que sigo rumiando, como es mi costumbre, me lleva a plantearme si parte del mal del liberal de nuestros días (o libertaria, en mi caso), no es ese pesimismo del que habla Miguel Anxo Bastos. El pesimismo cultivado, regado y abonado es la ruta secreta para llegar a la inmovilidad total. Es la excusa perfecta para no tener

que hacer nada, para dejarse llevar por la molicie de la añoranza y la desidia. La batalla de la libertad comienza por la del optimismo, la de la fe en el ser humano.

Y, tal vez, es con esa intención con la que Juan Granados ha escogido la cita de Ernst Jünger con la que abre el Epílogo: «El auténtico problema es que una mayoría no quiere la libertad y aún le tiene miedo. Para llegar a ser libre hay que ser libre, pues la libertad es existencia, concordancia consciente con la existencia, y es el placer, sentido como destino, de hacerla realidad».

María Blanco  
Profesora de Economía de la Universidad  
CEU-San Pablo  
Madrid, enero 2019

# Introducción

El buen ciudadano es aquel que no puede tolerar en su patria un poder que pretenda hacerse superior a las leyes

Marco Tulio Cicerón

Este libro, así se afirma en su frontispicio, pretende aportar al lector un retrato lo más honesto posible de lo que es y ha sido el pensamiento llamado liberal a lo largo de la historia, describiendo especialmente su eclosión en los inicios de la contemporaneidad y su ya largo caminar hasta nuestros días. La empresa, casi taxonómica, presenta sus dificultades, no siendo la menor la frondosa polisemia de los conceptos «liberal» y «liberalismo»; comenzando por las interpretaciones que se les suele conceder a un lado y otro del Atlántico y continuando por aquellos que se presentan como liberales a pesar de mantener principios políticos ciertamente alejados de las esencias del individualismo, sobre todo en lo que al papel del Estado se refiere. Si a esto añadimos aquello que entienden los diccionarios por «liberalidad», un trasunto de espíritu generoso, la ceremonia de la confusión está definitivamente servida.

Siendo así, no queda más que comenzar por el principio, esto es, suscribiendo lo poco que resulta comúnmente aceptado por unos y otros; el «liberalismo» es aquel pensamiento que consagra la idea de «libertad» como bien superior y, además, superior a otros como «igualdad» o «equidad». Enseguida, desde su cátedra de Oxford, el sagaz Isaiah Berlin nos recordaría que esa idea de libertad debería en primera instancia refrendarse con carácter negativo, pues el ser humano puede ser libre para negar o no hacer, redimiéndose de cadenas y ataduras, pero siempre le resultará más difícil ejercer la libertad positiva, el puro elegir, si carece de los medios necesarios para alcanzar el fin deseado. Así, el profesor de origen letón podía afirmar: «Se dice, muy plausiblemente, que si un hombre es tan pobre que no puede permitirse algo, respecto a lo cual no hay ningún impedimento legal —una barra de pan, un viaje alrededor del mundo o el recurso a los tribunales—, tiene tan poca libertad para obtenerlo como si la ley se lo impidiera». O, más brevemente: «Como dijo un escritor radical ruso del siglo XIX, hay situaciones en las que las botas son superiores a las obras de Shakespeare».

Sostiene Manuel Santirso que: «El liberalismo siempre ha tenido más claro lo que repudia (el feudalismo, la tiranía, la voracidad del Estado...) que lo que desea». [*El Liberalismo*, 2013]. Y, ciertamente, vamos creyendo que la mejor manera de aprehender tan volátil concepto es analizando las realidades a las que se opone, a la vez que aceptamos filias inherentes a la esencia de su ser, señaladamente la democracia como forma gobierno, la igualdad ante la ley y la libertad de comercio como principio económico irrenunciable. Naturalmente, sobre todo en lo que a sufragios y formas de gobierno se refiere, los liberales transitaron por la historia defendiendo formas muy diversas, desde la exclusión censitaria del sufragio por razón de

renta, hasta concepciones directamente racistas; pues, naturalmente, cada quien es hijo de su tiempo. Con todo, sostendremos aquí la existencia de un cierto espíritu o ánimo liberal que se contrapone a otros que nunca lo han tenido, ni siquiera deseado. Nos referimos expresamente a los sentires colectivistas en lo político e intervencionistas en lo económico. En este sentido, tal vez una de las maneras más elegantes y bellas de definir esa suerte de espíritu liberal sean las palabras vertidas en la *Ética*, obra culmen del judío holandés de origen castellano o portugués Baruch Spinoza: «No solo es la libertad de pensamiento compatible con la paz del Estado, sino que suprimirla implica destruir dicha paz [...]. Los Gobiernos no deben esforzarse por convertir a los seres humanos en bestias o pieles, sino fomentar que desarrollen sus mentes y cuerpos rodeados de seguridad, empleando su razón sin ninguna especie de grilletes».

Libertad, entonces, para pensar y decidir, y un Estado que proporcione la seguridad precisa para posibilitar el discurrir del juego con reglas limpias, que desarrolle a la vez la menor cantidad de injerencia posible. Una desiderata difícil de imaginar en la práctica como no fuese dentro de un orbe abstracto y, no obstante —resulta innegable—, siempre anhelada por los espíritus libres: «¿Cómo podría acontecer, si la salvación estuviese al alcance de la mano y pudiese ser descubierta sin gran esfuerzo, que fuera casi despreciada por todos? Mas todas las cosas excelsas son tan difíciles como raras» —Baruk Spinoza, sobre la felicidad, último escolio de la *Ética*—.

Con este *parti pris* pretendemos atender la historia de aquellos que defendieron el concepto de «libertad» como bien superior, germen y esencia del liberalismo que vino después. Un asunto bastante occidental detectable ya, y al menos desde los sofistas griegos, que

fue asentando sus presupuestos teóricos a lo largo de la historia del pensamiento.

Es intención de la obra trazar una visión general sobre el liberalismo político, pero sin descuidar su faceta económica, pues, como defendía Friedrich Hayek: «La distinción entre liberalismo político y liberalismo económico es, en sí misma, considerada controvertible y parcialísima y, desde luego, muy alejada de la óptica liberal». Ambos conceptos vienen a ser cara y cruz de una misma moneda que resultaría absurdo separar. Se aspira así a introducir al lector en las raíces del problema, esto es, la defensa de la individualidad y la libertad personal frente al peso de la masa y el poder. Desde los sofistas griegos a la filosofía de Cicerón, pasando por el renacimiento neoplatónico o la fértil escuela española de Salamanca.

Con todo, se verá cómo el racionalismo y el utilitarismo inglés, semilla a veces bastante oculta de su revolución de 1648, fueron los encargados de fijar las esencias del liberalismo político en tanto que defendía la igualdad legal y el parlamentarismo. Se abordará la fijación de la filosofía política liberal a través del pensamiento de sus principales impulsores, desde John Locke y su polémica con la obra de Thomas Hobbes al pensamiento utilitarista de Jeremy Bentham y David Hume. Abordaremos también su aplicación práctica al otro lado del océano con los padres de la Revolución estadounidense, Benjamin Franklin y Thomas Jefferson, para terminar analizando el nuevo orden de las cosas surgido tras las paradojas de 1789.

Trataremos de mostrar cómo, a su vez, Adam Smith, John Stuart Mill, David Ricardo y tantos otros sientan las bases del liberalismo económico basado en la iniciativa individual y el rechazo al mercantilismo del Estado. De este modo, analizaremos los aspectos esenciales del pensamiento que ideó por primera vez

el concepto del *laissez faire, laissez passer*, en torno a la economía no intervencionista, la libertad de mercado y la defensa de la ley de la oferta y la demanda; para ello se estudiará la evolución del pensamiento fisiócrata de Vicent de Gournay y François de Quesnay hacia el liberalismo clásico, defensor como se sabe de la preeminencia social de la iniciativa privada: «El valor de un Estado, a la larga, es el valor de los individuos que lo componen» (John Stuart Mill en *Sobre la libertad*).

Veremos que desde entonces diferentes hitos históricos, desde la Revolución francesa o la guerra de la Independencia española, servirán para recordar al lector los derroteros por los que transcurrió la ideología liberal en la contemporaneidad, recordando de paso que en sentido estricto, según defiende Giovanni Sartori, los primeros liberales fueron los opositores españoles a Napoleón:

Liberales es [vocablo] acuñado en España, en los años 1810-1811, y comienza a circular en la dirección francesa *liberaux* en la década de 1820, con olor de sospecha, es decir, en referencia a los rebeldes españoles de aquel tiempo. La palabra inglesa liberal es acogida en Inglaterra, como palabra inglesa y respetable, solo hacia la mitad del siglo XIX. Y la sustantivación «liberalismo» es todavía más tardía.

La lucha de los amantes de la libertad frente a opciones más colectivistas es, desde luego, signo de los arduos tiempos vividos con las revoluciones liberales. Fijada la doctrina, observaremos su evolución histórica a lo largo del siglo XIX, desde la obra señera de los liberales postnapoleónicos a la posterior evolución hacia el liberalismo doctrinario de François Guizot y, de este, al liberalismo democrático ulterior a la Primavera de los pueblos de 1848. A la vez y por el camino, veremos las

características esenciales del pensamiento de los grandes liberales del siglo como Frédéric Bastiat. Aquí tendrán cabida la inmensa sensatez de Alexis de Tocqueville, también la de aquellos que sentaron las bases del liberalismo político llamado clásico como Benjamin Constat y, naturalmente, estudiaremos el fin del mito del progreso a través del estudio de las vías más estatalistas de Macaulay y Gladstone.

Examinaremos la posterior evolución del pensamiento liberal a través de la filosofía y la economía política explicada por los grandes del siglo xx, esto es: Benedetto Croce, Ortega y Gasset, John Maynard Keynes y el *New Deal*, Ludwig von Mises, Friedrich Hayek y la fecunda escuela austríaca.

Se estudiará la posterior evolución de la órbita del pensamiento liberal tras el desastre que supuso la Segunda Guerra Mundial, con obras de gigantes del pensamiento como la de Raymond Aron o Karl Popper; también el momento del llamado «liberalismo triste», pesimista respecto al futuro de la libertad y los derechos humanos, con representantes muy relevantes como el ya citado Isaiah Berlín. Eran tiempos de reconstrucción y de siembra de ideas vinculadas con la social democracia, donde el liberalismo, digamos puro, si tal cosa existe, tenía difícil cabida entre la intelectualidad.

Finalmente, esta obra pretende explicar el estado actual del pensamiento liberal tras la aparente contradicción de sus teorías al evidenciarse los males de la desregularización económica del sistema productivo. Así, dedicaremos un epílogo a la reflexión sobre el futuro del pensamiento liberal entre nosotros. Dicho de otra manera: ¿tiene sentido pensar «en liberal» tras la caída de Lehman Brothers como el efecto más visible del monetarismo emprendido por líderes como Ronald Reagan o Margaret Thatcher? Francis Fukuyama (en *El fin de la Historia y el último hombre*) defendía que sí, también

Antonio Escotado, con argumentos contundentes contra el estatismo y «los enemigos del comercio»:

Andando el tiempo, las convulsiones del islam integrista —como las agonías del catolicismo estatal otrora— coinciden en nuestra cultura con las convulsiones del evangelio marxista. Con motivos distintos, ambos niegan que incertidumbre y libertad se pertenezcan. Para unos, «libertad auténtica» significa pensión vitalicia generosa a todos sin excepción, trabajen o no, por nacer en un mundo absurdo, neurótico y codicioso. Para la otra, libertad auténtica significa que su dios prime sobre el resto. Certezas, por amor de Dios o del Partido, nada de incertidumbres. Las religiones laicas siguen siendo religiones, y lo sagrado para ellas sigue siendo un baluarte mágico. La alternativa a magia es trabajo, paciencia para hacer que lo insatisfactorio se convierta sin abracadabras en soportable e incluso cómodo. Lourdes y Fátima podrán trasladarse en espíritu al foro anual de Porto Alegre, sin conseguir por ello que la milagrería produzca un bolígrafo, un tetrabrik o un simple cuaderno de anillas. Pero estos tres inventos siguen siendo fascinantes, además de útiles, hasta para quienes se purifican con baños en el Ganges. Ese es el problema que siempre tiene la magia a medio y largo plazo.

Entrevista realizada a Antonio Escotado  
el 11 de junio de 2003 para *El Mundo*

# 1

## Rastreando los orígenes

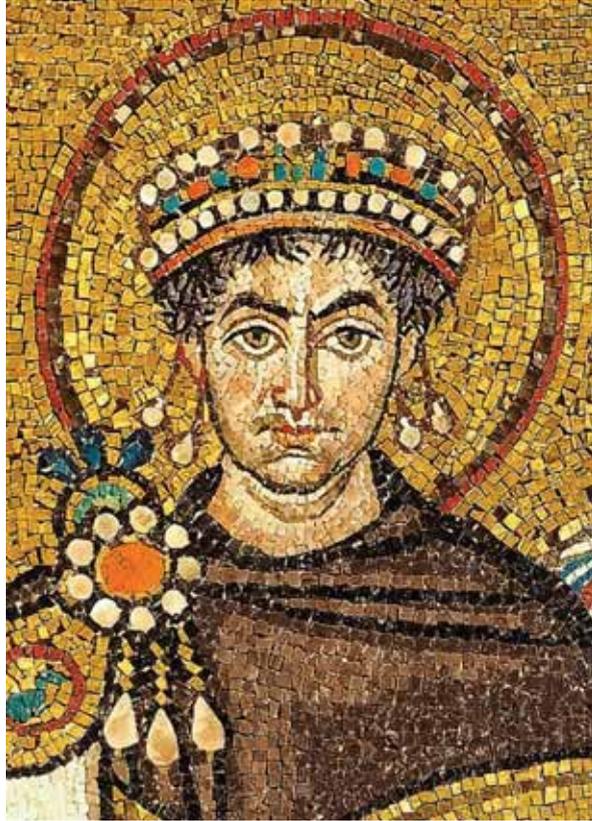
### EL LIBERALISMO EN LAS RAÍCES DE OCCIDENTE

Friedrich Hayek (*Fundamentos de la Libertad*) consideraba «indiscutible» la influencia de la tradición clásica en el moderno ideal de libertad, desde luego en lo que se refiere a libertad política, como en el caso de la Atenas del siglo v a. C. o la República romana madura, aunque de modo menos visible en cuanto al concepto de libertad individual. No en vano pronunció Pericles aquella célebre arenga dirigida a los guerreros atenienses que batallaban en las guerras del Peloponeso: «La libertad que disfrutamos en nuestro gobierno se extiende también a la vida ordinaria, donde, lejos de ofrecer celosa vigilancia sobre todos y cada uno, no sentimos cólera porque nuestro vecino haga lo que desee» (Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, II 37).



El ateniense Sócrates (469-399 a. C.) fue considerado por todos como el sagaz padre de la filosofía clásica, maestro de Platón. La agudeza de sus pensamientos se transmitió a través de los diálogos platónicos, puesto que Sócrates no dejó tras de sí ninguna obra escrita. Acusado de pervertir con sus ideas a la juventud, fue condenado a morir bebiendo cicuta, un método de ajusticiamiento habitual en Atenas. Tenía 70 años de edad. La imagen corresponde al óleo *La muerte de Sócrates* de Jacques-Louis David, 1787.

Es bien sabido que, para muchos, Sócrates (469-399 a. C.) pasa por ser el fundador de la filosofía política. Siendo Sócrates maestro de Platón y este de Aristóteles, parecería que un mero repaso a la trilogía clásica griega valdría para rastrear los principios de la idea de libertad en Occidente. Sin embargo, Sócrates no fue el primer filósofo, le precedieron aquellos sabios que, como Heráclito o Demócrito, Aristóteles definía como «los que discurren sobre la naturaleza (*phýsis*)», es decir, aquellos cuyo oficio era indagar en torno al carácter y esencia de las cosas que pueblan el mundo, al margen de dioses y creaciones. Naturalmente, no había más que permitir el devenir de las cosas para llegar a hacerse la gran pregunta socrática «¿no deben estar las leyes acordes con la naturaleza para ser buenas y justas?».



El emperador Justiniano (482-565 d. C.). En la imagen, su representación en un mosaico de la iglesia bizantina de San Vital de Rávena, amén de restaurar en buena parte la grandeza del antiguo Imperio romano gracias a las victorias de su conde Belisario, se propuso compilar las antiguas leyes romanas (el *Digesto* y las *Pandectas*) y congraciarlas con el cristianismo. Así, su código civil (*Corpus Iuris Civilis*) consagra para mucho tiempo la idea de que el monarca es el representante de Dios sobre la tierra, pues su poder se sustenta en la gracia divina.

época imperial supuso la creación de un Estado romano sobredimensionado y fuertemente intervencionista en lo político, en lo social y en lo mercantil, donde ya ni la plebe sentía la necesidad de trabajar por el mañana, convenientemente surtida por el emperador de esclavos especializados, pan y circo.

La idea del poder omnímodo del emperador, del príncipe en su faceta intelectual y elegante, no hizo más

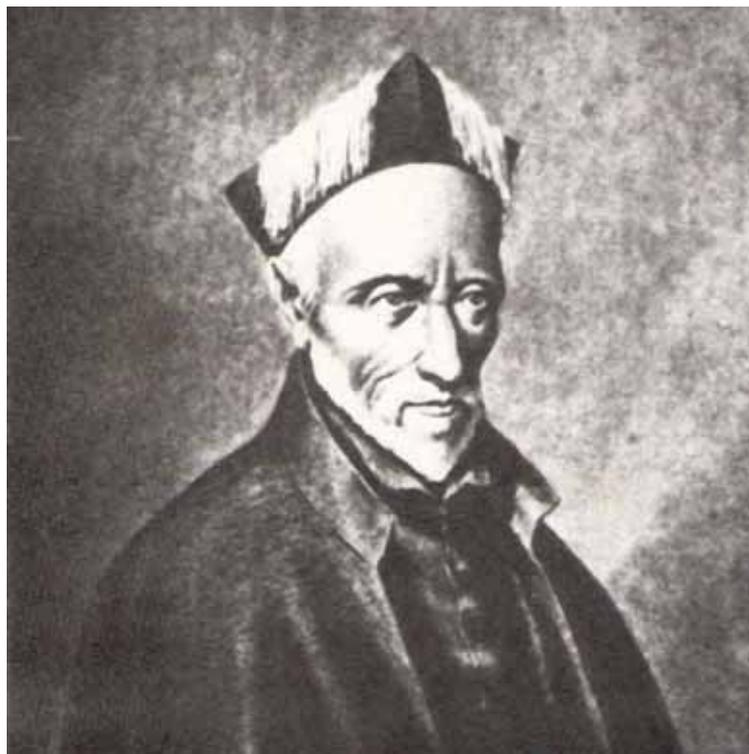


Alcwin o Alcuino de York (York 740 o 735-Tours 804), monje benedictino, trabajó junto a Carlomagno por el renacer de la cultura, en especial la recuperación del latín en el mundo carolingio. Difusor de las teorías de San Agustín, consagra para el mundo medieval la antigua concepción platónica de sociedad tripartita ideal: *oratores*, *bellatores* y *laboratores*. Una estratificación social organizada, sin duda, pero claustrofóbica por lo impermeable de su rigor a la hora de acceder de un estamento a otro. Más adelante, dos obispos del siglo XI, Gerardo de Cambrai y Adalberón de Laón otorgarán definitiva carta de naturaleza a esta concepción: «[...] desde sus orígenes el género humano está dividido en tres, los oradores, los labradores y los guerreros [...] cada uno es objeto por parte de los otros de una solicitud recíproca». Gerardo de Cambrai.

ver con el ansia de libertad?, diríase que no siempre, a menudo la utopía, es sabido, se traduce en sueño colectivista de un mundo feliz que nunca es capaz de trascender el poder de los pocos que rigen esa supuesta felicidad.



El florentino Nicolás Maquiavelo (1469-1527) ha pasado a la historia como el pensador «que ha puesto las cartas boca arriba», evidenciando la verdadera naturaleza del ser humano y su relación con el poder. Es para muchos el padre de la razón de Estado o la justificación de un acto, por abominable que sea, por los fines obtenidos. No obstante, la obra maquiaveliana es densa y poco constante, dice mucho y se desdice bastante más poco después; por tanto, resulta difícil sistematizar su línea de pensamiento, donde a menudo convive el republicanismo cívico con la admiración por el príncipe poderoso y sutil.



El padre jesuita Francisco Suárez (1548-1617) sin apartarse ni un ápice de la obediencia al poder superior del Papa y de la Iglesia, busca en su obra colocar al Estado dentro del orden del mundo. Y así, aunque reconoce al Estado la unidad de un cuerpo, matiza que está englobado, a manera de células, por seres conscientes y libres. Es un *corpus mysticum* hecho de necesidad y de libertad. No tiene más fin que el bien común.

gobierna despojarlo del reino e incluso de la misma vida, si fuera necesario, si no hubiese retenido una potestad mayor que la que sus representantes delegaron en el rey?». Una vez más, la ley como entidad superior al gobernante, es el último baluarte frente al abuso institucionalizado.

El intento de la sabia racionalización de las cuestiones económicas también brilló con fuerza en España. ¿Cómo olvidar aquí a los arbitristas? Tipos adustos que adoptaban terno negro, golilla y gesto

# 2

## La fijación del pensamiento liberal clásico

GÉNESIS Y DESARROLLO DE LA FILOSOFÍA POLÍTICA  
LIBERAL EN INGLATERRA. JOHN LOCKE

Por mucho que hablen los aduladores para distraer el pensamiento de las gentes, ello no debe impedir que los hombres se den cuenta de las cosas

John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*

La larga y a menudo fructífera tradición inglesa de hacer valer la fuerza de la ley y la costumbre frente a la arbitrariedad real, visible al menos desde los tiempos de Juan sin Tierra y la Carta Magna, se hizo muy evidente a la muerte de la reina virgen Isabel I, cuando el Parlamento decidió enardecer sus reivindicaciones en defensa de la libertad del individuo. Muy a menudo, las disputas principales surgían por asuntos económicos relacionados con los intentos de la monarquía por

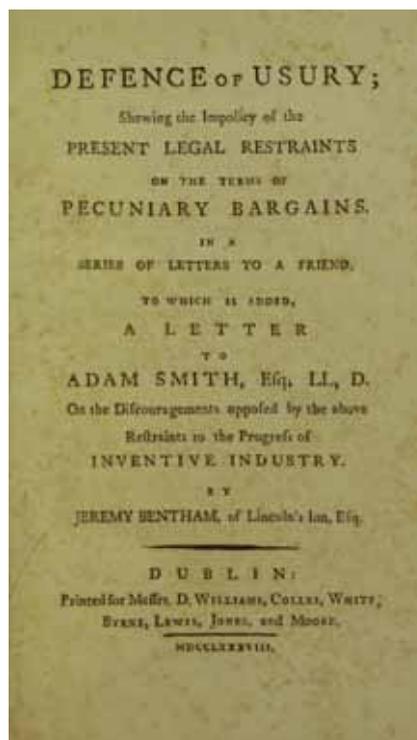


La Revolución inglesa, en sus diferentes fases (1642-1646; 1648-1649), el interregno republicano y la Restauración monárquica supusieron el auge del parlamentarismo frente a la monarquía autoritaria en Inglaterra, su influjo informará todas las revoluciones liberales que vinieron después. En la imagen *Oliver Cromwell en la batalla de Naseby en 1645*, obra de Charles Landseer (1799-1879).

hacerse con el monopolio de ciertas producciones. De hecho, recién estrenado en 1603 el reinado del sucesor de Isabel, Jacobo I, este se vio obligado a contemplar atónito como un simple tribunal de justicia fallaba que la concesión del privilegio exclusivo para la producción de un artículo iba «contra el derecho común y la libertad del ciudadano». Lo mismo le ocurrió al desdichado Carlos I, que perdería su cabeza en el transcurso de la revolución de 1648, cuando pretendió nacionalizar la industria inglesa del carbón. Aquellos pleitos de los monopolios habían dejado bien claro que: «Tal clase de prescripción, que conduce a la exclusiva del comercio o tráfico en beneficio de una persona o una compañía y excluye a las restantes, es contraria a la ley». Como de la nada no deviene nada, se hacía evidente aquí la amplia influencia que los autores clásicos habían ejercido sobre



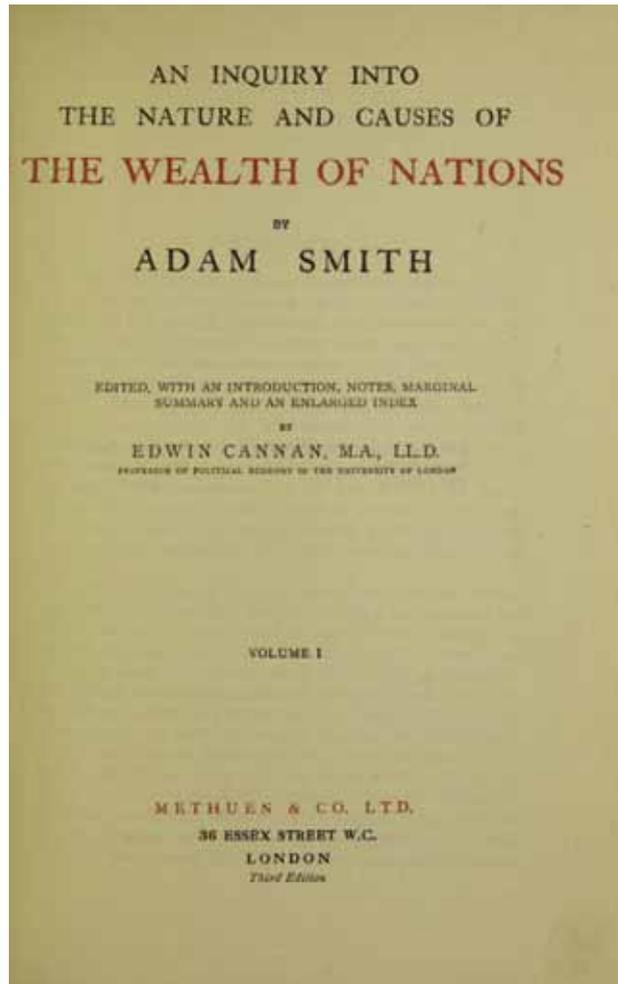
Convencido de que todo conocimiento deriva de la experiencia sensible, Hume elevó el escepticismo a categoría, entregando su fe filosófica a la fuerza de las costumbres establecidas, a lo útil y a lo que en definitiva funciona correctamente y sin excesivo sobresalto. En la imagen, estatua en honor a David Hume erigida en Edimburgo. Obra de Alexander Stoddart.



Por expreso deseo de Jeremy Bentham, su esqueleto, vestido y dotado de una cabeza de cera que reproduce su rostro (la auténtica fue embalsamada a su muerte), se guarda en un armario dispuesto al efecto en la University College de Londres, en cuya fundación había participado. Hasta la fecha, Bentham continúa participando en las reuniones del consejo académico. Al lado, portada de la edición dublinaesa de la *Defensa de la Usura* de Jeremy Bentham, 1788.

Por su parte, Bentham (1748-1832) se encarga de consagrar definitivamente para el Reino Unido el utilitarismo, esa filosofía casera que era casi una forma de glorificar su éxito comercial e industrial, una especie de contabilidad de logros que conservar ajena a cualquier romanticismo continental. Por eso, Bentham utilizará siempre términos como felicidad y utilidad en una especie de panegirismo en favor de la burguesía del negocio, verdadera columna vertebral de su nación.

Y, en primer lugar, se pretende la felicidad económica, vertiendo argumentos similares a los de Adam



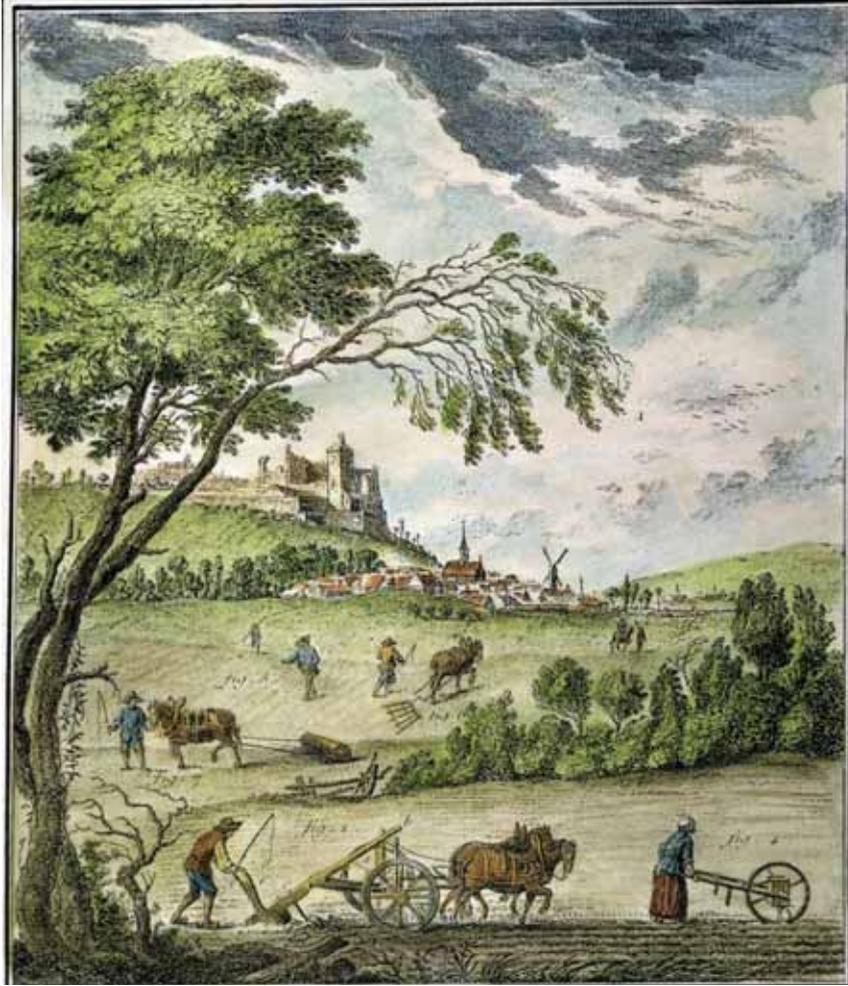
La publicación de la *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* (1776) es considerada aún hoy como el momento fundacional del liberalismo económico clásico. Aquel esfuerzo de realismo: «No es la benevolencia del carnicero o del panadero la que los lleva a procurarnos nuestra comida, sino el cuidado que prestan a sus intereses» logró mover muchas conciencias.

*passer* (‘dejad hacer’, ‘dejad pasar’) acuñada por el liberalismo francés. El convencimiento de la validez de la ley de la oferta y la demanda señoreará desde entonces el pensamiento económico liberal; ya el mismo Locke se había expresado *avant la lettre* en el mismo sentido, cuando afirmaba que el valor o precio de las cosas lo



Las teorías demográficas de carácter catastrofista de Thomas Malthus resultaron erróneas, no obstante, en su tiempo y aún hoy en día, el malthusianismo cultural goza de buena salud. Su idea de la competencia de los seres vivos por la supervivencia inspiró *El origen de las especies* de Charles Darwin y está detrás de los primeros estudios de las crisis periódicas capitalistas por sobreproducción. Se le tiene, también, por el fundador de la demografía moderna.

las circunstancias más favorables, no se aumentan sino en una progresión aritmética». Aun con obstáculos como hambrunas y epidemias, Malthus observa que la población superviviente tiende a multiplicarse con facilidad, al disponer de más recursos disponibles para menos habitantes. Como corolario a tal innovación demográfica, se deduce que, si no se pone freno al



La fisiocracia, variante francesa del liberalismo económico, cifraba buena parte del éxito de una sociedad en la buena gestión de una agricultura ideal, tal como propone esta imagen de la Enciclopedia de 1763.

la Fisiocracia. Con François de Quesnay (1694-1774), médico personal de Luis XV, a la cabeza, los fisiócratas argumentaban que en la «natura», en el agro, residía toda la riqueza de una nación. Si la agricultura se optimizaba lo mas racionalmente posible, toda la economía en su conjunto se vería ampliamente beneficiada, pues esta representaba para ellos un organismo circulatorio, similar a un cuerpo orgánico, al que no se debían poner



No resulta extraño que una estatua de un jurista británico como William Blackstone, vestido de toga y portando en la mano izquierda un ejemplar de sus *Comentarios sobre las leyes de Inglaterra* presida la Constitution Ave de Washington D. C. Para los estadounidenses las reflexiones doctrinales de Blackstone informan profundamente su propia constitución de 1787.

# 3

## Tiempos de revolución

### LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA

Entre las cosas nuevas que durante mi estancia en Estados Unidos llamaron mi atención, ninguna me sorprendió tanto como la igualdad de condiciones. Sin dificultad descubrí la prodigiosa influencia que este primer hecho ejerce sobre la marcha de la sociedad, pues da a la opinión pública una cierta dirección, un determinado giro a las leyes, máximas nuevas a los gobernantes y costumbres peculiares a los gobernados.

Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*

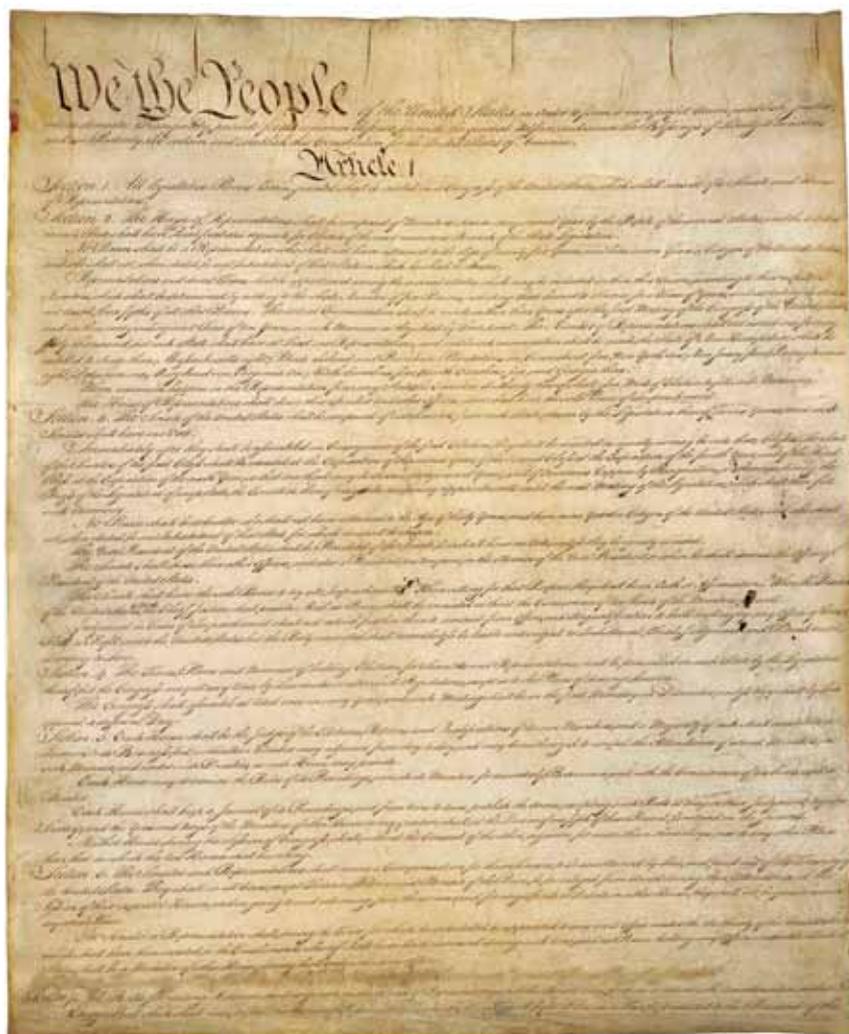
Ocurrió un 4 de julio de 1776 (el mismo año en que se publicó *La riqueza de las naciones*), cuando los patriotas norteamericanos, liderados por el brillante pensamiento de Thomas Jefferson, se dotaron a sí mismos de la Declaración de Independencia, madre de todas



Thomas Jefferson en un billete de dos dólares, según la tradición en Estados Unidos de consagrar las efigies de los padres de la patria en su papel moneda. El dólar norteamericano procede en buena parte del duro o real de a ocho español, incluso su propio símbolo \$ parece ser una corrupción del símbolo «ps» que servía para identificar la moneda de plata española peso (duro).

nunca se habían proclamado con tanta resonancia. Con todo, la esclavitud no sería abolida y generará la conocida tensión secular entre los estados del norte y del sur.

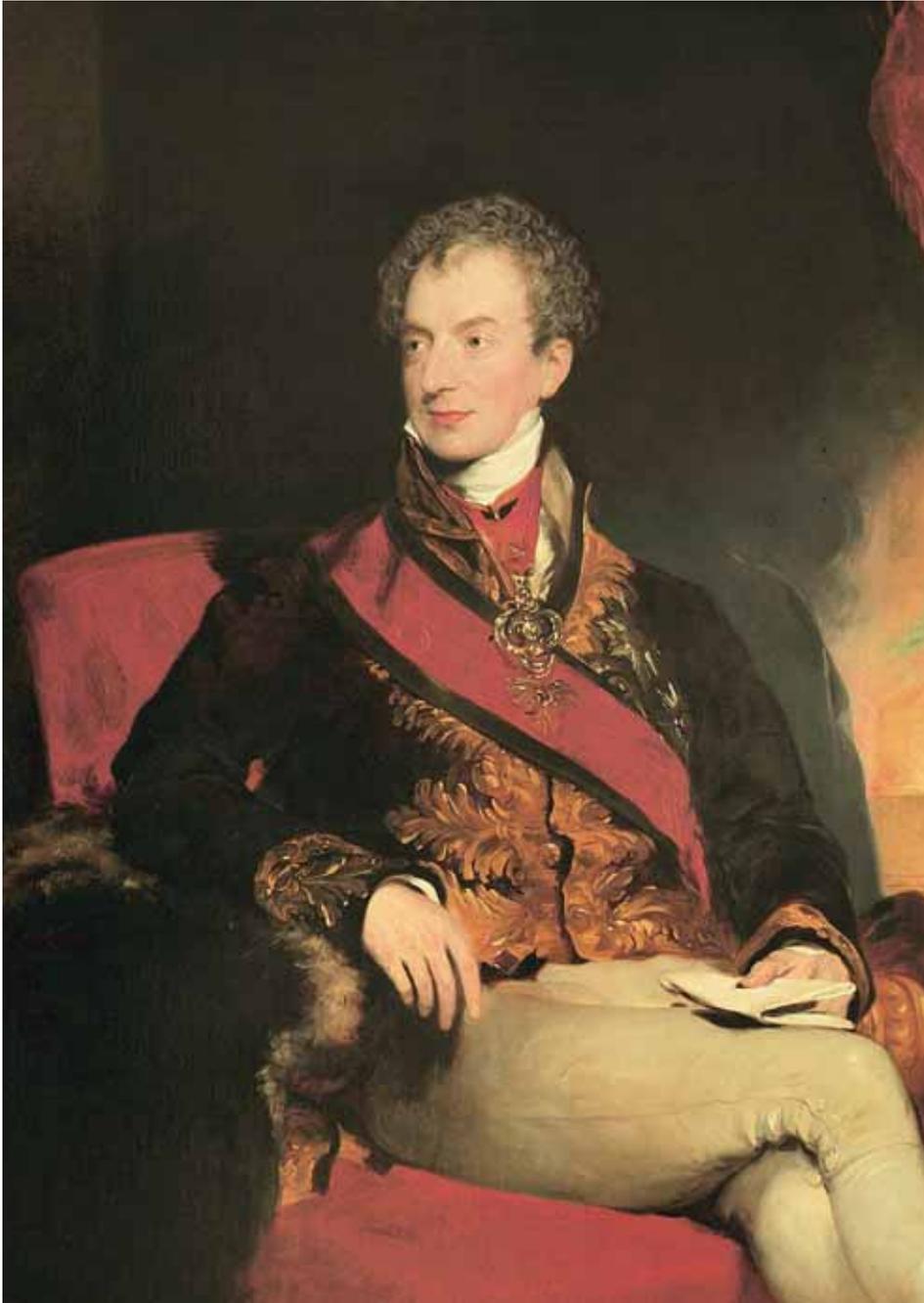
La actual Constitución federal de los Estados Unidos, aprobada por la Convención Constitucional de Filadelfia con el conocido encabezamiento «We the People», fue proclamada el 17 de septiembre de 1787, pasando a la historia como la más antigua del mundo en vigor, aun habiendo recibido veintisiete enmiendas. La



Primera página original de la Constitución de los Estados Unidos de América, datada el 17 de septiembre de 1787 (Archivos Nacionales, Washington D. C.) Intitulada con el célebre «We The People»: «Nosotros, el pueblo de los Estados Unidos, a fin de formar una Unión más perfecta, establecer la justicia, garantizar la tranquilidad nacional, tender a la defensa común, fomentar el bienestar general y asegurar los beneficios de la Libertad para nosotros y para nuestra posteridad, por la presente promulgamos y establecemos esta Constitución para los Estados Unidos de América», resulta ser icono esencial de la historia constitucional mundial. Aparte de los Estatutos del pequeño estado de la República de San Marino, que datan de 1600, sigue considerándose la constitución vigente más antigua.



Maximiliano Robespierre (Arras, 6 de mayo de 1758-París, 28 de julio de 1794), apodado el Incorruptible se convirtió en el árbitro de los designios de Francia durante el período del Terror. Robespierre defendía con elocuencia sus excesos marcadamente totalitarios: «Bajo el régimen constitucional es suficiente con proteger a los individuos de los abusos del poder público; bajo el régimen revolucionario, el propio poder público está obligado a defenderse contra todas las facciones que le ataquen. El Gobierno revolucionario debe a los buenos ciudadanos toda la protección nacional; a los enemigos del pueblo no les debe sino la muerte».



Clemens von Metternich (1773-1859). Artífice del Congreso de Viena y valedor principal de la ola de conservadurismo que recorrió Europa tras la caída del Imperio napoleónico. Su afán primordial fue la lucha por el regreso al absolutismo en el Viejo Continente, con la Santa Alianza como brazo ejecutor de sus anhelos y los de su patrón Francisco I de Austria.

# 4

## Tiempos doctrinarios

Cuando la soberanía no ha sido limitada, no hay ningún medio para poner a los individuos al abrigo de los Gobiernos. Es en vano que pretendáis someter los Gobiernos a la voluntad general. Son siempre ellos quienes dictan esta voluntad, y todas las precauciones se vuelven ilusorias.

Benjamin Constant, *Principios de política*

### EL LIBERALISMO DOCTRINARIO. FRANCIA

La Restauración monárquica vivida en el continente tras el Congreso de Viena trajo consigo la búsqueda de serenidades, cautelas y un cierto orden administrativo, un reino de la burocracia, con el que se aspiraba a mantener a buen recaudo a los exaltados de otrora. Nuevamente, todo el que se mostraba razonablemente sensato parecía volver amorosamente su vista hacia las testas coronadas, como garantes del ansiado orden y el natural devenir de las cosas. Pero, ya lo habíamos adelantado, los tiempos revolucionarios no habían transitado en balde; no



Luis XVIII de Francia, con su vestimenta de coronación, por Robert Lefèvre. Hermano menor de Luis XVI, Luis XVIII fue el protagonista de la Restauración Borbónica en Francia (1814-1824), excepto en el breve período de retorno de Napoleón, conocido como «los 100 días». Napoleón hubiese querido abdicar en su hijo el rey de Roma, pero al final hubo de contemplar cómo le sucedía un borbón en el trono de Francia.

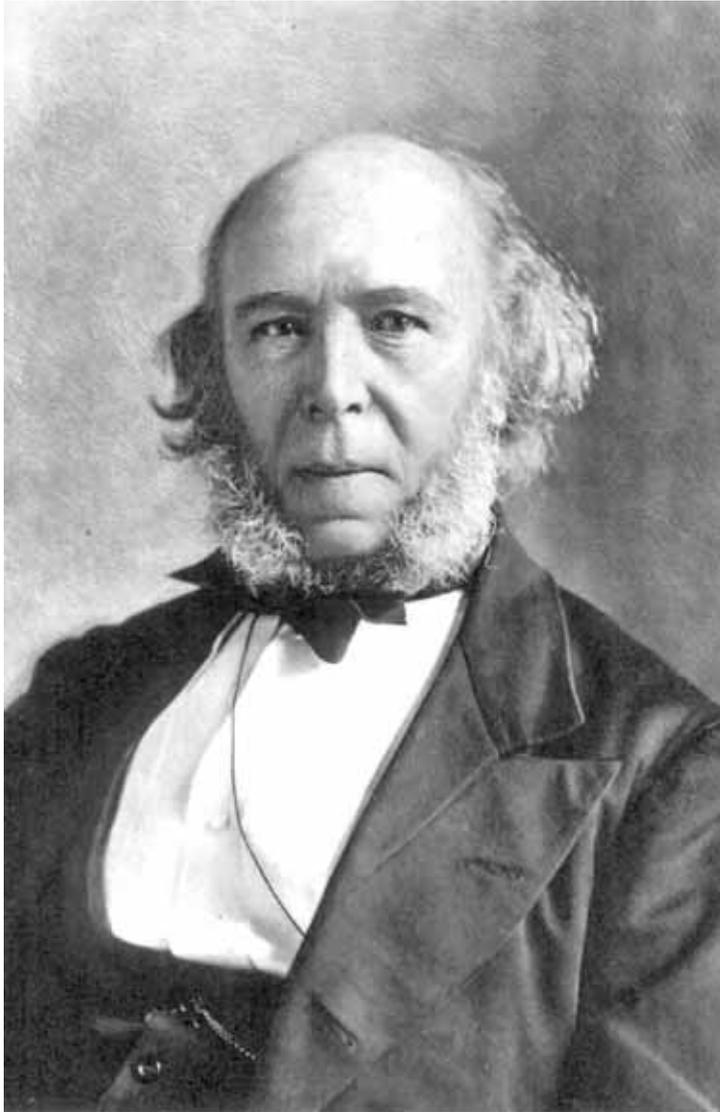
compartida entre el monarca y el pueblo, no puramente nacional, y establecía el moderantismo como paradigma del buen gobierno. En suma, su doctrina era la del «justo medio». Desde luego no se trataba de una idea especialmente nueva; como ya hemos visto, Aristóteles ya la había defendido en su día.

# 5

## El liberalismo en la segunda mitad del siglo XIX. Primaveras y contradicciones

La sensación, el sentimiento de inestabilidad, precursor de las revoluciones, existe hasta el más alto grado en el país. Si se presta un cuidado atento a la clase que gobierna y a la que es gobernada, lo que se percibe en una y en otra asusta e inquieta. Lo que veo puedo expresarlo en pocas palabras: las costumbres públicas sufren una constante alteración. Como la moral no reina ya en los actos principales de la vida, no se manifiesta tampoco en los de menos importancia, y el interés es ley en la vida privada. Mirad lo que sucede en la clase trabajadora. ¿No veis que sus pasiones han dejado de ser políticas para convertirse en sociales? Discute la justicia del reparto y la propiedad. Mi convicción profunda es que dormimos sobre un volcán.

Fragmento del discurso pronunciado  
por A. de Tocqueville en la Cámara de los Diputados  
el 27 de enero de 1848

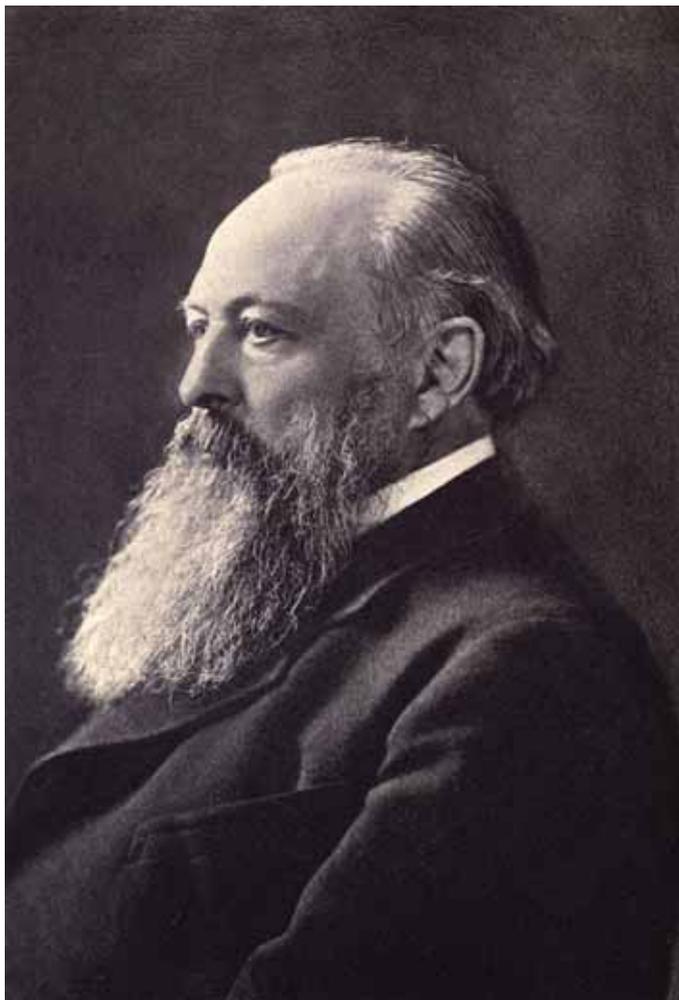


Retrato de Herbert Spencer (1820-1903), uno de los pensadores más leídos de su tiempo. Rotundo evolucionista, aplicaba el darwinismo como tesis explicativa del desarrollo de las sociedades humanas (supervivencia del más apto).

Políticamente fue uno de los últimos liberales clásicos, férreamente antiestatalista, detestaba todo intervencionismo por «desconocer las leyes de la vida» y minar gravemente la «automejora voluntaria» del individuo. En su opinión: «Todo socialismo implica esclavitud». Cuando uno lee a Spencer parece encontrarse con Hayek antes del propio Hayek.

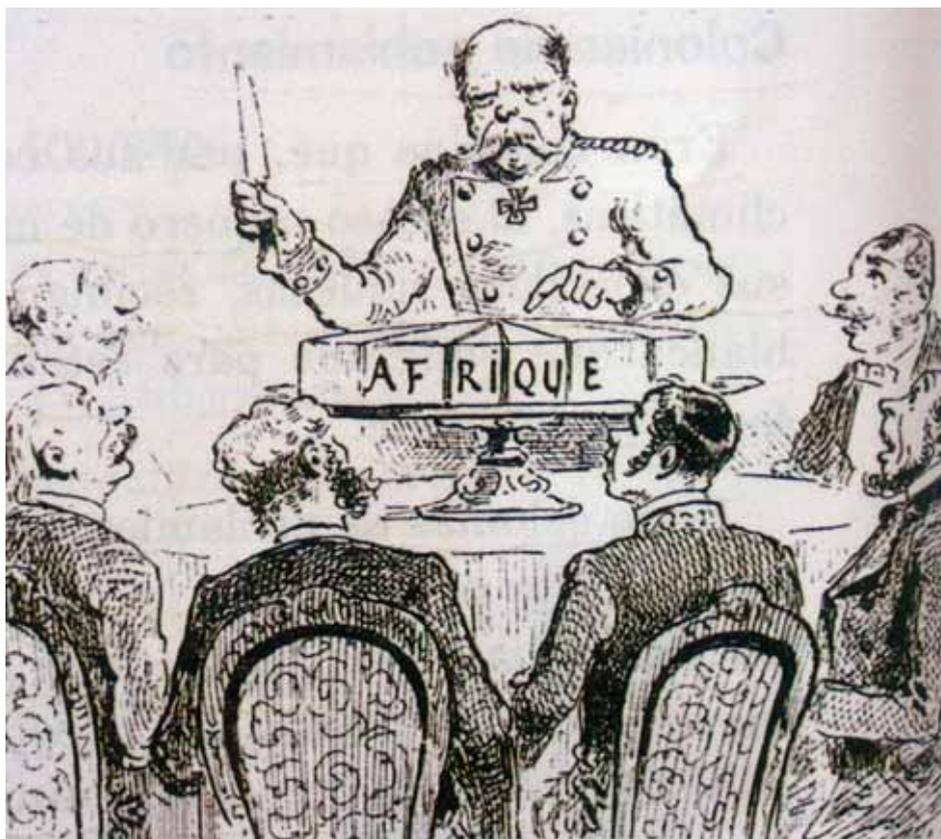


William Ewart Gladstone (1809-1898). Líder del partido liberal británico, contrapersonaje principal de Benjamin Disraeli, ejerció un pragmatismo político muy propio de su tiempo, férreamente criticado por Spencer, donde tenía cabida la cuestión social por una parte y el imperialismo victoriano por otra. Y no obstante, en honor a la verdad, nunca se mostró como un imperialista convencido, simplemente no había manera de oponerse a un negocio tan redondo como la adquisición de nuevos mercados para Gran Bretaña.



Lord Acton, enemigo acérrimo de las doctrinas nacionalistas, ofreció siempre un pensamiento a contracorriente de los tiempos que le tocaron vivir. Su conocida frase: «El poder tiende a corromper y el poder absoluto corrompe absolutamente», sigue representando una especie de frontispicio del sentir liberal. Para el recuerdo queda su coordinación de la excelente y monumental: *The Cambridge Modern History*.

de la democracia, porque establece límites para el ejercicio de la voluntad popular y lo substituye por un principio mas elevado», aunque acepte que marcó «el fin de las dos fuerzas que son los dos peores enemigos de la libertad civil: la monarquía absoluta y la revolución».



Viñeta satírica sobre la Conferencia de Berlín: *Découpage de l'Afrique à la conférence de Berlin*, publicada en L'Illustration. África es representada como una tarta a repartir entre las potencias europeas; exactamente lo que ocurrió.

bajo el puño de hierro de Otto von Bismarck que, naturalmente, nunca había sido un liberal.

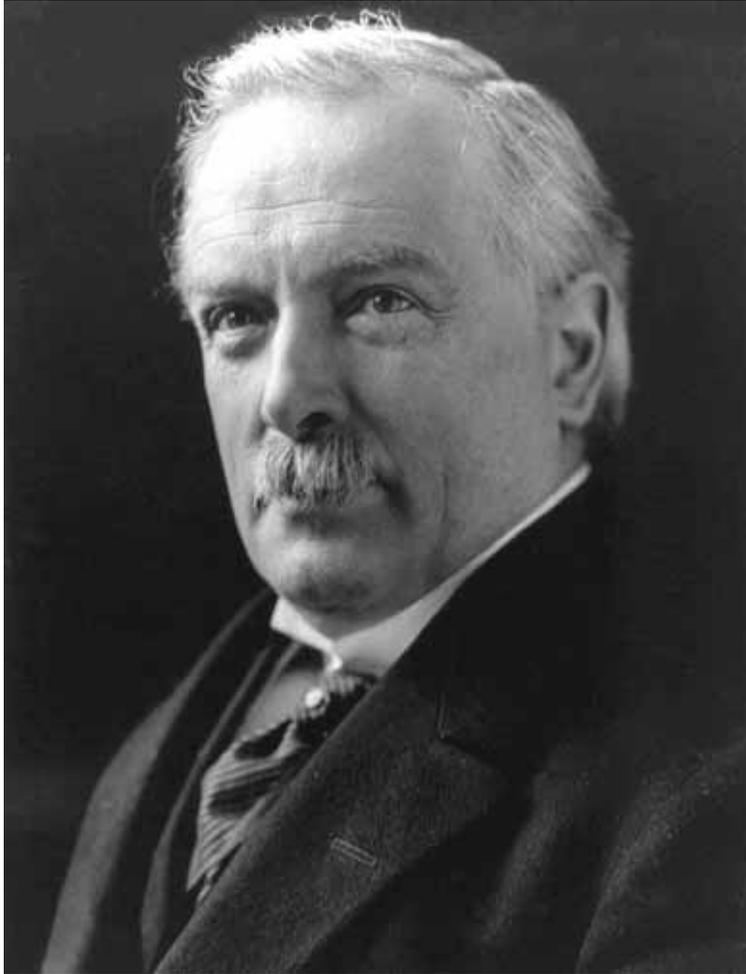
Entre el 16 de noviembre de 1884 y el 27 de febrero de 1885 se celebra la conferencia de Berlín, escenificación final de la existencia de una carrera imperialista que buscaba repartirse África. Los contenciosos que las potencias europeas pretendían solucionar con Otto von Bismarck ejerciendo de atento anfitrión, no harían más que complicarse en los años postreros y conducirían casi inevitablemente al conflicto más sangriento que había contemplado el mundo hasta entonces, la Primera

# 6

## El liberalismo en la primera mitad del siglo xx. Del imperialismo a la Segunda Guerra Mundial. Conflicto y recuperación

Descartada la revolución súbita, el único residuo amenazador era la idea de dos naciones dentro de la misma, y el hecho de que la *social sympathy* dejase de ser una espontaneidad humana, como pensaban Hume y Smith. Ahora depende de que nadie ostente signos de distinción, dentro de un plan general para evitar víctimas de la lucha competitiva donde el salario mínimo resulta ser la cabeza de playa para un régimen pautado de retribuciones, acorde con el tránsito del bien privado al público.

Antonio Escotado a propósito del pensamiento de los fabianos ingleses, en *Los enemigos del comercio*, vol II, pág. 618



David Lloyd George (1863-1945) elegido diputado por el Partido Liberal, fue sucesivamente ministro de comercio, de hacienda y primer ministro de Gran Bretaña, lugares desde los que impulsó medidas de carácter social que anticipan vivamente el futuro Estado de bienestar que conocemos.

Que la opinión pública caminaba lentamente hacia ese confortable lugar ideológico lo prueba el hecho de que en 1910 el Partido Laborista pasa de veintiséis a cuarenta y dos diputados y en 1915 consigue su primer cargo de importancia en el gabinete de David Lloyd George (asuntos obreros) en la persona de Arthur Henderson, antiguo obrero de una fundición, que



Pocas imágenes han representado mejor las terribles consecuencias de la profunda crisis de 1929 como la fotografía de la *Madre emigrante*, obra de Dorothea Lange. En realidad, se trataba de una desposeída californiana, Florence Owens Thompson, de 32 años, madre de 7 hijos, y fue tomada en Nipomo, condado de San Luis Obispo, California, en marzo de 1936.

manera alguna que Keynes siguiera siendo esencialmente un individualista: «debe preservarse la estructura de una economía libre, con su espacio para la iniciativa individual». Opinando que tras la hecatombe que había supuesto la Gran Guerra, la humanidad precisaba sustentarse sobre tres sólidos pilares: la eficacia económica, la justicia social y la libertad individual.

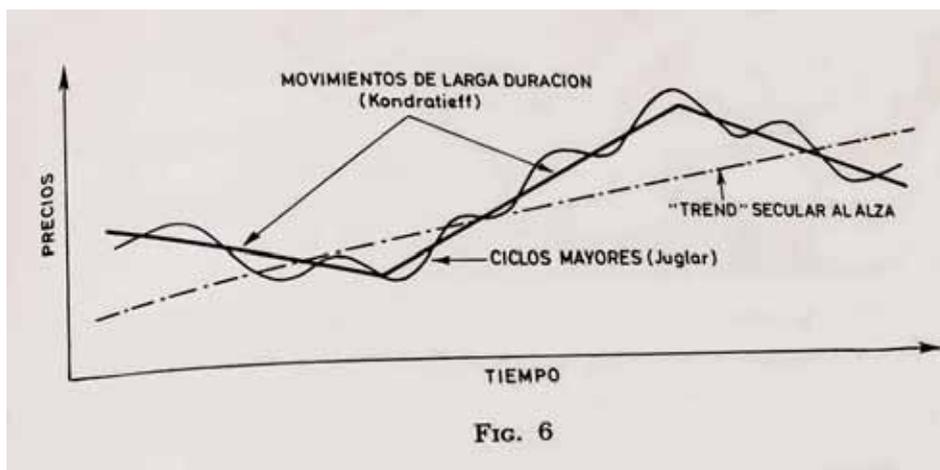


FIG. 6

El economista ruso Nikolái Kondratieff descubrió los movimientos de larga duración estudiando la evolución de los precios, extendiendo este análisis a las series cuantitativas de la evolución del ritmo de producción. Fuente: Maurice Niveau, *Historia de los hechos económicos contemporáneos*.

de precios y producciones, se veía inevitablemente abocado a sufrir crisis cíclicas periódicas, manteniendo ciclos largos en los que existían tres fases definidas: expansión, estancamiento y recesión, de entre 46-60 años de duración, que denominó Kondratieff, en honor del economista ruso que los describió. Kondratieff sería precisamente el planificador de la NEP (Nueva Política Económica) vagamente aperturista de Lenin, que permitió la presencia de algunas empresas privadas en la Rusia bolchevique. Junto a estos ciclos largos, Schumpeter señala la existencia de otros cortos a los que llamó Juglar, en honor a su descriptor, el francés Clement Juglar, que resolvían sus ondulaciones en torno a la generatriz de los ciclos Kondratieff, alcanzando así un mayor grado de concreción en torno al fenómeno, con unos 8,5 años de media. La concreción podría ser aún mayor si se tenían en cuenta unos ciclos aún más cortos denominados Kitchin. Pues bien, partiendo de la *Teoría del Dinero y el crédito* de Mises, Hayek publica en 1931

# 7

## El liberalismo en la segunda mitad del siglo xx. Reformulación y menosprecio

A pesar de las ilusiones racionalistas, e incluso marxistas,  
toda la historia del mundo es la historia de la libertad.

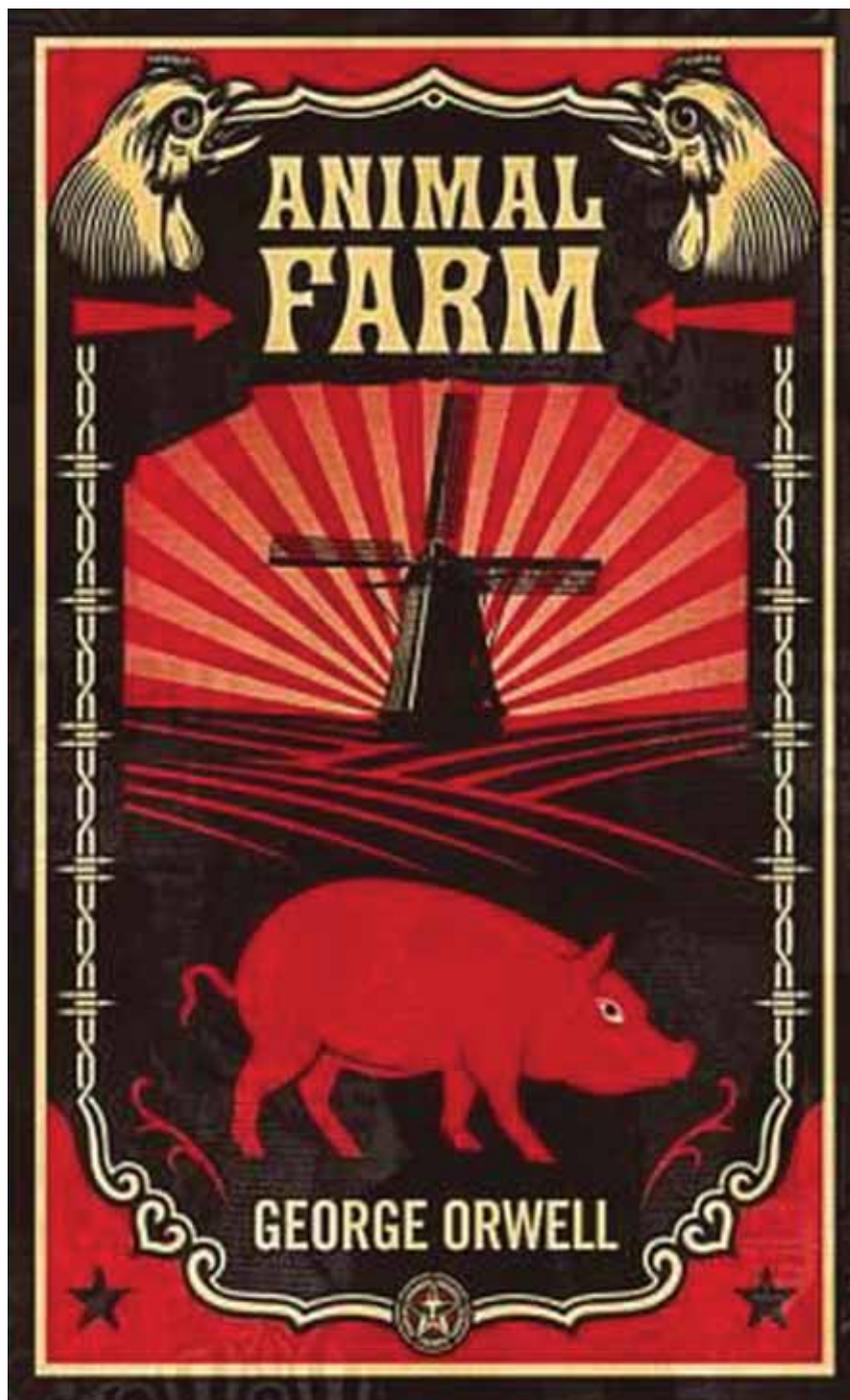
Albert Camus

Pero, de cualquier manera, ni los cerdos ni los perros  
producían nada comestible mediante su propio  
trabajo; eran muchos y siempre tenían buen apetito.

George Orwell, *Rebelión en la Granja*

### LA GUERRA FRÍA Y SUS BIPOLARIDADES

Derrotadas las potencias fascistas en 1945, el mundo  
semejaba dividido en tres partes, un primer mundo donde  
conservadores y socialdemócratas parecían haberse



Publicada en 1947, *Rebelión en la granja*, la sátira contra el totalitarismo de George Orwell, analiza, quizás como nadie, lo que ocurre con el poder cuando este se perpetúa a sí mismo; toda una alegoría en torno a la condición humana.

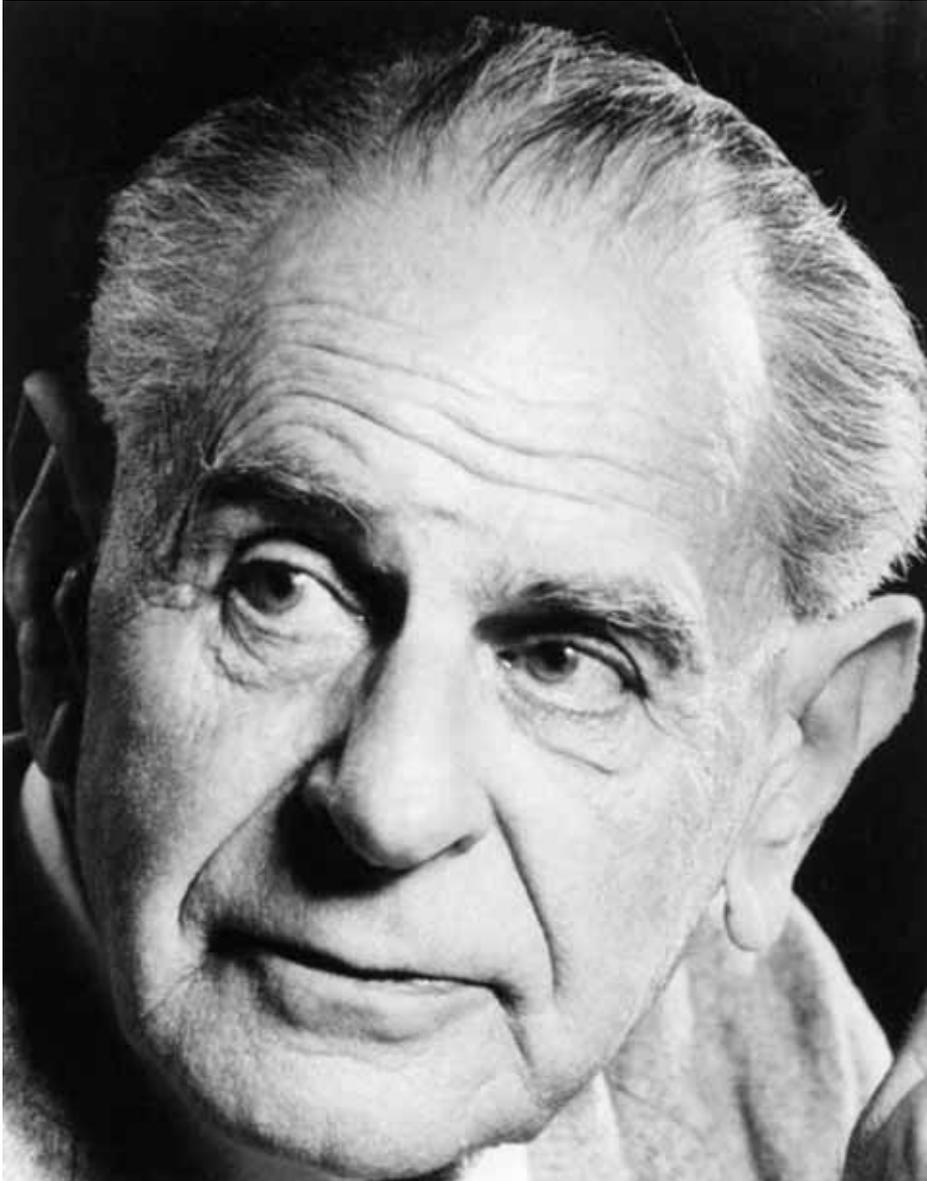
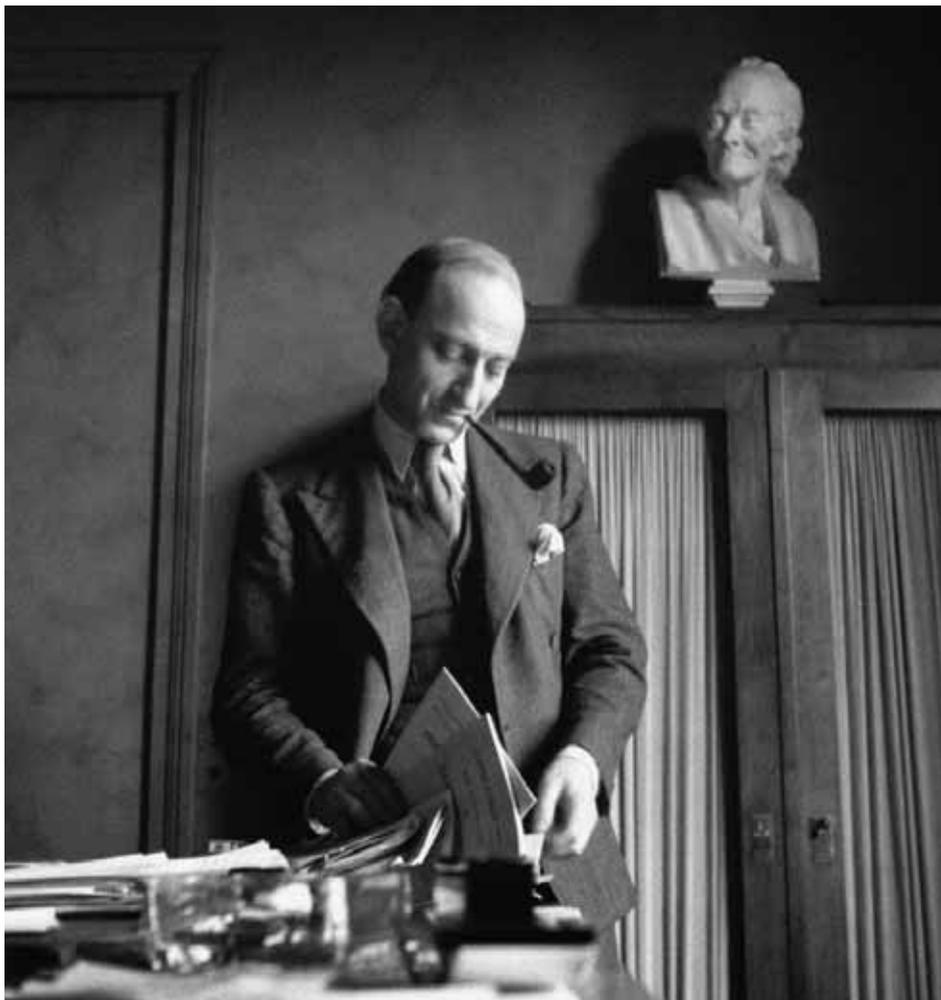


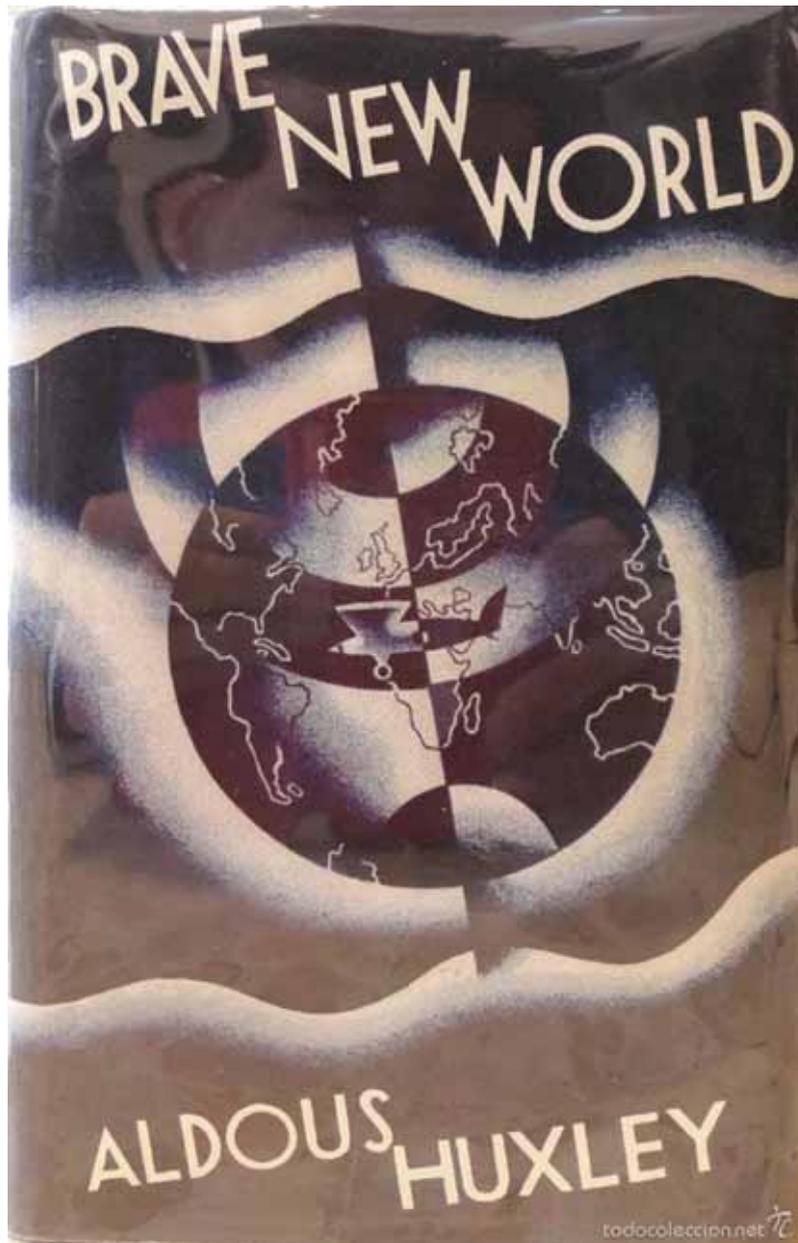
Imagen del filósofo de la ciencia Karl Popper, tomada hacia 1980. Referente intelectual en todo tiempo, defendía la búsqueda de la realidad frente a la defensa de cualquier exitosa teoría, son muy numerosas sus afirmaciones en torno a esta idea principal: «Lo que caracteriza al hombre de ciencia no es la posesión del conocimiento o de verdades irrefutables, sino la búsqueda desinteresada e incesante de la verdad».



Un joven Raymond Aron posando con un busto de Voltaire al fondo. De alguna manera, contra personaje de Jean Paul Sartre, al que conocía desde que fueron compañeros de pupitre en la escuela normal, Aron siempre navegó contra la corriente intelectual de su tiempo, a menudo en solitario.

al advenimiento de los escépticos, si ellos han de extinguir el fanatismo.

Una obra en general destinada a mantener el combate filosófico contra los mitos de la izquierda, el historicismo y, en suma, la alienación a la que conducían ambas cosas.



La distopía futurista que presenta Aldous Huxley en *Un mundo feliz* (1932), alerta contra las falsas felicidades prometidas por el totalitarismo, donde todo parece estar previsto por el poder: Una dictadura perfecta tendría la apariencia de una democracia, pero sería básicamente una prisión sin muros en la que los presos ni siquiera soñarían con escapar. Sería esencialmente un sistema de esclavitud, en el que, gracias al consumo y al entretenimiento, los esclavos amarían su servidumbre.

# Epílogo

El triunfo de las ideas  
liberales en el cambio  
de siglo, éxito, crisis,  
convergencia y populismo.  
¿Hacia el fin de la historia?

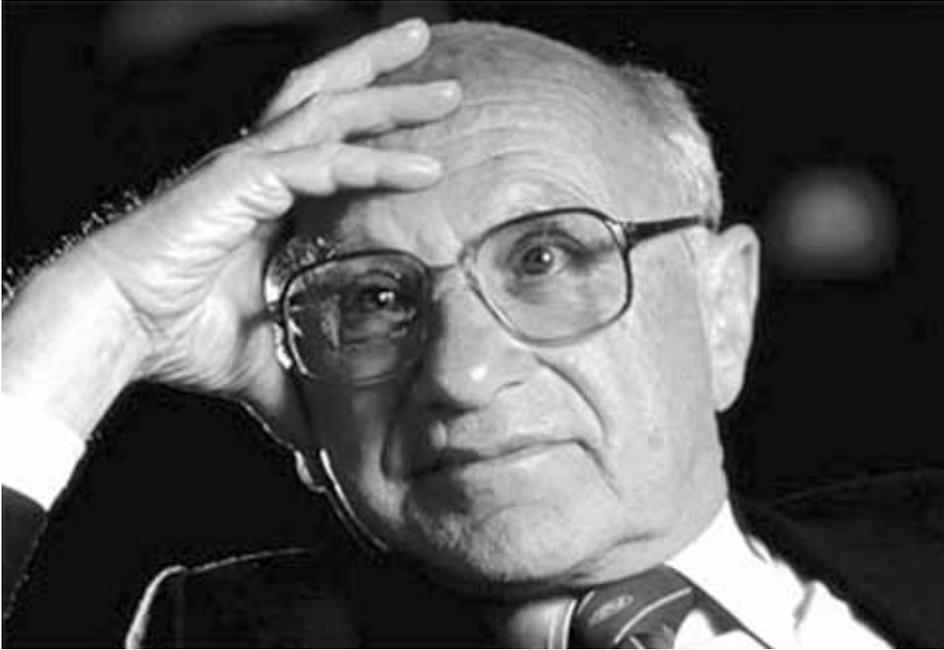
El auténtico problema es que una mayoría no quiere la libertad y aún le tiene miedo. Para llegar a ser libre hay que ser libre, pues la libertad es existencia, concordancia consciente con la existencia, y es el placer, sentido como destino, de hacerla realidad.

Ernst Jünger, *La emboscadura*



La imagen conjunta de Margaret Thatcher y Ronald Reagan resulta ser un verdadero icono de la política dominante en la década de los 80 del pasado siglo. En realidad, el concierto económico mundial actual tiene mucho que ver con las bases monetaristas diseñadas por aquellos Gobiernos.

mismo que Reagan hacía con respecto a su filiación con el Partido Republicano. No extraña, por tanto, que su concepción liberal de las cosas se viera entretrejida con rasgos fuertemente estatistas, nacionalistas y una ética marcadamente confesional cristiana. Se han vertido ríos de tinta en torno a las bondades y defectos de aquellos Gobiernos neoliberales de entonces —cualquiera que sea el significado de un término tan vacío de contenido—, que tuvieron su coste social con la política de



Milton Friedman, tal vez el representante más visible del monetarismo postulado por la Escuela de Chicago. Nadie duda de la enorme influencia de sus ideas sobre los Gobiernos occidentales, tanto democráticos, como los de Estados Unidos o el Reino Unido, como dictatoriales en el caso del de Augusto Pinochet en Chile. Representa también lo que muchos entienden por neoliberalismo, aunque no predicaba cosas muy diferentes a las postuladas por el liberalismo clásico. Para Manuel Santirso, en el caso de Freeman sería más de aplicación el concepto de paleoliberal. Pues, en puridad, un neoliberal sería, por ejemplo John Maynar Keynes, en su esfuerzo por congregar Estado y pensamiento liberal.

recuperándonos de aquello, viviendo además bajo una espada de Damocles que nos recuerda la laxitud con la que los bancos centrales parecen supervisar las aventuras financieras de alto riesgo.

Pero bajo todo esto, subyace algo más profundo, los autodenominados herederos del liberalismo parecen conducirnos en ocasiones hacia callejones oscuros de la historia, donde son muchos los sacrificados por una



Francis Fukuyama, junto a Alexandre Kojève, padre intelectual de la teoría del fin de la historia. Kojève, filósofo hegeliano de origen ruso, que hoy parece tan olvidado, ejerció en realidad una enorme influencia sobre la filosofía política contemporánea y fue también uno de los planificadores esenciales del mercado común europeo.

hecho de que, coincidiendo con el desplome de la Unión Soviética, las ideologías no democráticas y antiliberales habían muerto definitivamente o al menos caminaban firmemente hacia su extinción, de modo que a la humanidad no le quedaba más que contemplar su evolución hacia un futuro convergente en lo económico y en lo político, donde solo tendrían cabida en el mundo

# Bibliografía esencial

- ALTHUSSER, Louis. *Montesquieu, la política y la historia*. Barcelona: Ariel, 1979.
- ARON, Raymond. *El opio de los intelectuales*. Madrid: Página Indómita, 2018.
- , *Democracia y totalitarismo*. Madrid: Página Indómita, 2017.
- ARTAZA, Manuel M.<sup>a</sup> de. *El Príncipe de Nicola Maquiavelo. Ed. Comentada*. Madrid: Itsmo, 2000.
- , *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio, de Nicola Maquiavelo. Ed. Comentada*. Madrid: Akal, 2016.
- ARTOLA, Miguel. *La burguesía revolucionaria (1808-1874)*. Madrid: Alianza Editorial, 1978.

# Agradecimientos

Se suele afirmar que el escritor realiza su oficio en primera instancia para explicarse a sí mismo, desconozco si esto resulta siempre cierto, pero en el caso de esta historia en torno al pensamiento liberal, creo que bien se puede decir. Uno lleva muchos años a vueltas con la filosofía política, rebuscando entresijos y discursos verbales, explicándose el mundo; y en esto, como en tantas cosas, Concha ayuda mucho, café y cigarro por medio, introduciendo en la discusión la distancia y la sensatez intelectual de la que algunos andamos un poco justos. Sin Concha, estoy bien seguro, este libro sería otra cosa. A ella se lo dedico, esposa, compañera y camarada, con mi eterno e incondicional agradecimiento.

Agradezco también vivamente a María Blanco, profesora de ciencia económica y escritora de pluma admirable, que haya tenido la gentileza de ocupar el tiempo que no tiene en prologar este libro. Sé que se

lo debo únicamente a la larga amistad que nos une y ella sabe lo que aprecio su generosidad. Tratándose de quien se trata, el asunto no es baladí, muchos sabrán ya que María es referente esencial dentro del pensamiento liberal español y por ello mi agradecimiento ha de ser doble, o triple si se me permite.

(María Blanco es doctora en Ciencias Económicas y Empresariales por la Universidad Complutense de Madrid, profesora de Historia de las Doctrinas Económicas y de Historia Económica en la Universidad CEU-San Pablo.

Asimismo, es directora académica de la Fundación Internacional BASES, compagina la docencia con la investigación y también dedica su tiempo a difundir el liberalismo en diversos medios de comunicación).

Juan Granados  
Diciembre de 2018

Las imágenes se incluyen con fines educativos.  
Se han hecho todos los esfuerzos posibles para contactar  
con los titulares del *copyright*.  
En el caso de errores u omisiones inadvertidas,  
contactar con el editor.